

El **Beato Padre Pablo Manna**, «cuyo nombre es digno de ser esculpido con caracteres de oro en los anales de las misiones» (PABLO VI, *Graves et Increscentes*, Carta Apostólica, 1966), es el fundador de la Unión Misional del Clero, hoy conocida como **PONTIFICIA UNIÓN MISIONAL**. Estaba convencido de que hasta que los sacerdotes y los obispos no fueran convertidos a la idea misionera, las misiones continuarían siendo un hecho entregado solamente a un selecto grupo de misioneros, absolutamente insuficiente para la misión universal de la Iglesia.



Pensó en una asociación del clero, cuyo único objetivo fuese animar e infundir el ardor misionero en los pastores, en los formadores de las comunidades; éstos, los sacerdotes, deberían ser casi como una falange de soldados en las trincheras, que ayudan y sostienen a quienes se encuentran en la primera línea. Solamente con estas condiciones, todas las comunidades pueden llegar a ser misioneras. Se pensó a esta Unión como «escuela de educadores al servicio apostólico, vivida en clave universal».

En 1916 la Unión fue aprobada por el Papa Benedicto XV. En pocos años la Obra se expandió casi por todo el mundo. El Primer Congreso Internacional de la Unión (3 de enero de 1922), declara la necesidad de la enseñanza de la Misionología en los seminarios, una ciencia todavía desconocida en los institutos de formación católicos. En sus escritos, el P. Manna insiste en el papel insustituible de los sacerdotes para el anuncio del Evangelio y la educación de una conciencia misionera en los laicos.

La difusión de la Unión es rápida, después de que el Papa, en su encíclica *Maximum Illud* (1919), recomendara su presencia en todas las diócesis.

Con una gran actividad de predicación y de prensa, el P. Manna hace que eclesiásticos y laicos se interesen por el ideal misionero, mientras desafía a los jóvenes a realizarlo. Para él no existe una vocación misionera diferente de la vocación sacerdotal o cristiana: su lema es: «¡Todos misioneros!»; todos los bautizados, pero sobre todo, «cada sacerdote, por naturaleza, por definición, es misionero», y «la primera y fundamental función de la Iglesia es la evangelización del mundo, de todo el mundo».



Como los Sacerdotes, también los Religiosos y las Religiosas, junto con los Laicos consagrados, son los operarios naturales de la Misión, y con el decreto *Huic Sacro* (1944), la Congregación de Propaganda Fide les ofrece también a ellos la pertenencia a la Unión. Con decreto del 28 de octubre de 1956, la Unión es distinguida por el papa Pío XII con el título de «Pontificia».

En su ancianidad, como en un sueño, el P. Manna redacta su gran plan misionero de carácter profético y alcance universal: invita a las Iglesias a fundar Seminarios Misioneros para participar directamente en la evangelización del mundo y a prestar ayuda a las jóvenes Iglesias de misión.

El P. Paolo Manna muere el 15 de septiembre de 1952, y el 4 de noviembre de 2001 el Papa San Juan Pablo II le declara Beato.

La **Pontificia Unión Misional** tiene como finalidad específica el incremento del trabajo misionero y la expansión de las misiones por medio del compromiso directo de quienes como los Apóstoles han recibido la llamada de «Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...» (Mt 28, 19).



El objetivo de su trabajo no es solamente dar a conocer los progresos de la fe en el mundo y ayudar con oraciones y donaciones a los misioneros, sino que es, sobre todo, sostener y hacer que la Iglesia se encuentre en grado de llevar a cabo su tarea de evangelización, con más misioneros, con el Clero indígena y laicos comprometidos.

### SU MISIÓN ES:

- **promover** la conciencia misionera entre los seminaristas, los sacerdotes y los religiosos;
- **animar** a todos los responsables del Pueblo de Dios para la Misión (RM 84), difundiendo y promoviendo las otras OMP;
- **favorecer** la unión de los cristianos para que «sean perfectos en la unidad, y el mundo reconozca que tú me has enviado...» (Jn 17, 23);
- **poner** a toda la Iglesia «en estado de misión»;
- **meditar** la Sagrada Escritura para entender el designio de salvación universal de Dios y conocer la naturaleza misionera de su Iglesia;
- **leer y estudiar** los documentos del Concilio Vaticano II y las encíclicas misioneras de los Papas;
- **ver** la propia historia personal y la de la propia Iglesia en perspectiva mundial, para **pensar** y **actuar** a nivel universal;



Año tras año, el **Domingo Universal de Misiones** (DOMUND) nos pide que tengamos siempre presentes las necesidades del mundo y la impresionante labor callada de esos misioneros y misioneras que se dejan la piel al servicio de los demás, en los lugares más olvidados o difíciles. Todo el **“Octubre Misionero”** es un tiempo especial para recordar que la misión es expresión de la universalidad de la Iglesia, que se preocupa también, y de manera especial, de quienes no conocen el Evangelio, en las periferias de cualquier tipo y hasta los confines del orbe. Lo que se nos solicita es que no dejemos de poner nuestro grano de arena y de confiar en Aquel que puede hacer fructificar cada mínimo gesto realizado en favor de esta tarea inmensa.

El **DOMUND** nos **anima a colaborar** con nuestra **oración** y nuestra **ayuda económica**, pero **también a que cambiemos las actitudes que nos encierran** en las preocupaciones particulares, por las que ensanchan la mirada y el corazón a los horizontes de toda la humanidad. No vale tirar balones fuera, convirtiendo esto en un deseo etéreo, porque hablamos de un paso bien concreto y posible: **“«salir»**, como discípulos misioneros, ofreciendo cada uno sus propios talentos, su creatividad, su sabiduría y experiencia en llevar el mensaje de la ternura y de la compasión de Dios a toda la familia humana”, según dice el papa Francisco. Es hacer de la propia vida un don gratuito, un signo de la bondad del Señor.

Permitir que alcance a los demás esa ternura del amor materno de Dios es el primer **“movimiento misionero”** que podemos abrigar en nuestro interior. Pero es que realmente el mundo, cada persona, tiene ansia de Dios, y no logrará saciarla si nosotros, individual y comunitariamente, **“en Iglesia”**, no le ofrecemos la palabra que se lo anuncie. Si esto es así respecto a nuestro entorno inmediato, cómo no iba a serlo cuando se trata de **cumplir el mandato misionero del Señor** y de hacer efectivo el derecho de todas las personas y culturas de recibir el anuncio de la salvación que transforma la vida.

Tu **oración** y tu **ayuda económica** nos permite seguir ayudando y sosteniendo la tarea misionera. Con tu oración y con tu ayuda económica, tú también cambias el mundo y ayudas a que se realice el deseo y el mandato del Señor.

**Por eso, de todo corazón, te decimos:**



# GRACIAS

